

tarécua, especie de pala de mango de madera y extremo anguloso de hierro con que en la tierra caliente se hacen pozos, y removiendo con ella la tierra, en cierto sitio cubierto de musgo, puso al descubierto un saco de cuero, que se apresuró á abrir con una llavecita que llevaba guardada. Luego introdujo en la boca la linterna para cerciorarse de si estaba allí su tesoro, que palpó un momento con extraña fruición. Consistía en alhajas envueltas en papeles y en cintos de cuero, llenos de onzas de oro y de pesos de plata.

Después metió cuidadosamente en el saco las cajas que acababa de darle el Zarco, y enterró de nuevo el tesoro, cubriéndolo con musgo y haciendo desaparecer toda señal de haberse removido el suelo.

Luego, como sintiendo abandonar aquella riqueza, alzó su linterna sorda y se dirigió de puntillas á la casa, entrándose en las habitaciones en que la pobre señora, á pesar de las inquietudes del día, dormía con el tranquilo sueño de las conciencias honradas.



VIII

Quién era el Zarco

Entretanto, y á la sazón que Manuela examinaba sus nuevas alhajas, el Zarco, después de haber dejado las orillas de Yautepec, y de haber atravesado el río con la misma precaución que había tenido al llegar, se dirigió por el amplio camino de la hacienda de Atlihuayan al montañoso por donde había descendido y que conducía á Xochimancas.

Era la media noche, y la luna, entre espesos nubarrones, dejaba envuelta la tierra en sombras. La calzada de Atlihuayan estaba completamente solitaria, y los árboles que la flanquean por uno y otro lado proyectaban una obscuridad siniestra y lúgubre, que hacían más densa los fugaces y pálidos arabescos que producían los cocuyos y las luciérnagas.

El bandido, conocedor de aquellos lugares, acostumbrado, como todos los hombres de su clase, á ver un poco en la obscuridad, y más que todo, fiado en la sensibilidad exquisita de su caballo, que al menor ruido extraño aguzaba las orejas y se detenía para prevenir á su amo, marchaba paso á paso, pero con entera tranquilidad, pensando en la próxima dicha que le ofrecía la posesión de Manuela.

Por fin, aquella hermosísima joven, cuya imagen había enardecido sus horas de insomnio durante tantos meses, cuyo amor había sido su constante preocupación, aun en medio de sus más sangrientas y arriesgadas aventuras, y cuya posesión le había parecido imposible cuando la vió por primera vez en Cuernavaca y se enamoró de ella, iba á ser suya, enteramente suya, iba á compartir su suerte y á hacerle saborear los dulcísimos deleites del amor, á él, que no había conocido hasta allí verdaderamente más que las punzantes emociones del robo y del asesinato.

Su organización grosera y sensual, acostumbrada desde su juventud al vicio, conocía, es verdad, los

goces del amor material, comprados con el dinero del juego ó del robo, arrancado en medio del terror de las víctimas, en una noche de asalto en las aldeas indefensas; pero el Zarco sentía que no había querido nunca ni había deseado á una mujer con aquella exaltación febril que experimentó desde que comenzó á ver á Manuela, asomada á su ventana, desde que la oyó hablar, y más todavía desde que cruzó con ella las primeras palabras de amor.

Jamás, desde que siendo niño todavía, abandonó el hogar de su familia, había sentido la necesidad imperiosa de unirse á otro ser, como la sentía ahora de unirse á aquella mujer, tan bonita y tan apasionada, que encerraba para él un mundo de inesperadas dichas.

Así repasando en su memoria todas las escenas de su niñez y de su juventud, encontraba que su carácter bravío y duro había rechazado siempre todo afecto, todo cariño, cualquiera que fuese, no habiendo cultivado sino aquellos de que había sacado provecho. Hijo de honrados padres, trabajadores en aquella comarca, que habían querido hacer de él un hombre laborioso y útil, pronto se había fastidiado del hogar doméstico, en que se le imponían tareas diarias ó se le obligaba á ir á la escuela, y aprovechándose de la frecuente comunicación que tienen las poblaciones de aquel rumbo con las haciendas de caña de azúcar, se fugó, yendo á acomodarse al servicio del caballerango de una de ellas.

Allí permaneció algún tiempo, logrando después, cuando ya estaba bastante diestro en la equitación y en el arte de cuidar los caballos, colocarse en varias haciendas, en las que duraba poco, á causa de su conducta desordenada, pues haragán por naturaleza y por afición, apenas era útil para esos trabajos serviles, consagrando sus largos ocios al juego y á la holganza.

Por lo demás, en todo ese tiempo no recordaba haber sentido ni simpatía ni adhesión á nadie. Permaneciendo poco tiempo en cada lugar, sirviendo por pocos días en cada hacienda, y cultivando relaciones de caballeriza ó de juego, que duraban un instante y que se alteraban con frecuentes riñas que las convertían en enemistades profundas, él verdaderamente no había tenido amigos, sino compañeros de placer y de vicio. Al contrario, en aquellos días su carácter se formó completamente, y ya no dió cabida en su corazón más que á las malas pasiones. Así, la servidumbre consumó lo que había comenzado la holgazanería, y los instintos perversos, que no estaban equilibrados por ninguna noción de bien, acabaron por llenar aquella alma oscura, como las algas infectas de un pantano.

Él no había amado á nadie, pero en cambio odiaba á todo el mundo: al hacendado rico cuyos caballos ensillaba y adornaba con magníficos jaeces, al obrero que recibía cada semana buenos salarios por su tra-

bajo, al labrador acomodado, que poseía fecundas tierras y buena casa, á los comerciantes de las poblaciones cercanas, que poseían tiendas bien abastecidas, y hasta á los criados que tenían mejores sueldos que él. Era la codicia complicada con la envidia, una envidia impotente y rastrera, la que producía este odio singular y esta ansia frenética de arrebatarse aquellas cosas á toda costa.

Naturalmente, los amores de los demás le causaban irritación, y aquellas muchachas que según su posición amaban al rico, al dependiente ó al jornalero, le inspiraban un deseo insensato de arrebatárselas y de mancharlas. No había entre todas una que hubiera fijado los ojos en él, porque él tampoco había procurado acercarse á ninguna de ellas con intenciones amorosas. Las de su clase no eran de su gusto, y para las de rango superior él estaba colocado en muy baja esfera, ¡un mozo de caballeriza!

Él era joven, no tenía mala figura; su color blanco impuro, sus ojos de ese color azul claro que el vulgo llama *zarco*, sus cabellos de un rubio pálido y su cuerpo esbelto y vigoroso, le daban una apariencia ventajosa; pero su ceño adusto, su lenguaje agresivo y brutal, su risa aguda y forzada, tal vez le habían hecho poco simpático á las mujeres. Además, él no había encontrado una bastante hermosa á quien procurase ser agradable.

Por fin, cansado de aquella vida de servidumbre,

de vicio y de miseria, el Zarco huyó de la hacienda en que estaba, llevándose algunos caballos para venderlos en la tierra fría. Como era de esperarse, fué perseguido; pero ya en ese tiempo, al favor de la guerra civil, se había desatado en la tierra fría cercana á México una nube de bandidos que no tardó en invadir las ricas comarcas de la tierra caliente.

El Zarco se afilió en ella inmediatamente, y desde luego, y como si no hubiera esperado más que esa oportunidad para revelarse en toda la plenitud de su perversidad, comenzó á distinguirse entre aquellos facinerosos por su intrepidez, por su crueldad y por su insaciable sed de rapiña.

Era el año de 1861, y organizados los bandoleros en grandes partidas, perseguidos á veces por las tropas del gobierno, pero atraídos más bien por la riqueza de los distritos azucareros del sur de México y de Puebla, penetraron en ellos sembrando el terror en todas partes, como lo hemos visto.

El Zarco era uno de los jefes más renombrados, y las noticias de sus infames proezas, de sus horribles venganzas en las haciendas en que había servido, de su fría crueldad y de su valor temerario le habían dado una fama espantosa.

Obligadas las tropas liberales, por un error lamentable y vergonzoso, á aceptar la cooperación de estos bandidos en la persecución que hacían al faccioso reaccionario Márquez, en su travesía por la tierra

caliente, algunas de aquellas partidas se presentaron formando cuerpos irregulares, pero numerosos, y uno de ellos estaba mandado por el Zarco. Entonces, y durante los pocos días que permaneció en Cuernavaca, fué cuando conoció á Manuela, que se había refugiado con su familia en esa ciudad. El bandido ostentaba entonces un carácter militar, sin dejar por eso los arreos vistosos que eran como característicos en los ladrones de aquella época y que les dieron el nombre de *plateados*, con el que fueron conocidos generalmente.

La hermosa joven, cuyo carácter parecía estar en armonía con el del bandido, al ver pasar frente á sus ventanas aquel cuerpo de gallardos jinetes, vistosos y brillantes, y al frente de ellos montado en soberbio caballo y cargado de plata hasta el exceso al joven y terrible bandido, cuyo nombre no había sonado en su oído sino con el acento del terror, se sintió atraída hacia él por un afecto en que se mezclaban la simpatía, la codicia y la vanidad como en punzante y sabroso filtro.

Así nació una especie de amor extraño en aquellas dos almas, hechas para comprenderse. Y en el poco tiempo que el Zarco permaneció en Cuernavaca, logró ponerse en comunicación con Manuela y establecer con ella relaciones amorosas, que no llegaron, sin embargo, por las circunstancias al grado de intimidad en que las vemos en Yautepec.

El general González Ortega, conociendo el grave error que había cometido dando cabida en sus tropas á varias partidas de *plateados*, que no hicieron más que asolar las poblaciones que atravesaba el ejército y desprestigiarlo, no tardó en perseguirlas, fusilando á varios de sus jefes. Para salvarse de semejante suerte, el Zarco se escapó una noche de Cuernavaca con sus bandidos y se dirigió al sur de Puebla, en donde estuvo por algunos meses ejerciendo terribles depredaciones.

Por fin, los *plateados* establecieron su guarida principal en Xochimancas, y el Zarco no tardó en saber que Manuela había vuelto á Yautepec, en donde residía con su familia. Naturalmente, procuró desde luego reanudar sus relaciones apenas interrumpidas y pudo cerciorarse de que Manuela le amaba todavía.

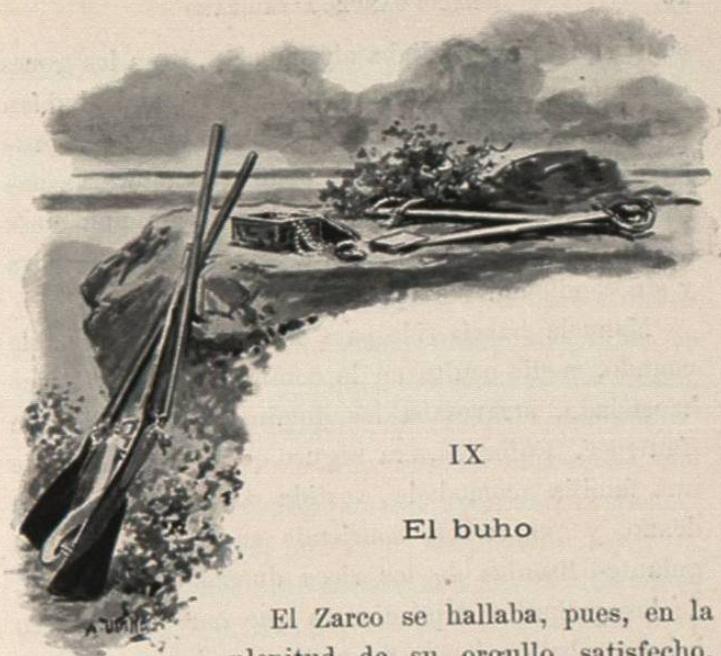
Desde entonces comenzó esa comunicación frecuente y nocturna con la joven, comunicación que no era peligrosa para él, dado el terror que infundía su nombre y dadas también las inteligencias que cultivaba en la población, en donde los bandidos contaban con numerosos emisarios y espías.

Entretanto, sus crímenes aumentaban de día en día; sus venganzas sobre sus antiguos enemigos de las haciendas eran espantosas y el pavor que inspiraba su nombre había acobardado á todos. Los mismos hacendados, sus antiguos amos, habían venido temblando á su presencia á implorar su protección y

se habían constituido sus humildes y abyectos servidores, y no pocas veces, él, antiguo mozo de estribo, había visto tener la brida de su caballo al arrogante señorón de la hacienda á quien antes había servido humilde y despreciado.

Semejantes venganzas y humillaciones fueron harto frecuentes en esa época, gracias á la audacia y número de los bandidos, cuyo poder era ilimitado en aquella comarca infortunada, y gracias más que todo á la impotencia del gobierno central, que ocupado en combatir la guerra civil y en hacer frente á la intervención extranjera, no podía distraer á sus tropas para reprimir á los bandidos.





IX

El buho

El Zarco se hallaba, pues, en la plenitud de su orgullo satisfecho. Había realizado parte de sus aspiraciones. Era temido, se había vengado; sus numerosísimos robos le habían producido un botín cuantioso; disponía á discreción del bolsillo de los hacendados. Cuando necesitaba una fuerte cantidad de dinero, se apoderaba de un cargamento de azúcar ó de aguardiente ó de un dependiente rico, y los ponía á rescate; cuando quería imponer contribución á una hacienda, quemaba un campo de cañas, y cuando quería infundir pavor á una población asesinaba al primer vecino infeliz á quien encontraba en sus orillas.

Pero satisfecha su sed de sangre y de rapiña,

sentía que aún le faltaba alguna cosa. Eran los goces del amor, pero no esos goces venales que le habían ofrecido las condescendencias pasajeras de las mujeres perdidas, sino los que podía prometerle la pasión de una mujer hermosa, joven, de una clase social superior á la suya, y que lo amara sin reserva y sin condición.

Manuela habría sido para él una mujer imposible cuando, medio oculto en la comitiva servil del rico hacendado, atravesaba los domingos las calles de Yau-tepec. Entonces, era seguro que la linda hija de una familia acomodada, vestida con cierto lujo aldeano, y que recibía sonriendo en su ventana las galantes lisonjas de los ricos dueños de hacienda, de los gallardos dependientes que caracoleaban en briosos caballos, llenos de plata para lucirse delante de ella, no se habría fijado ni un instante en aquel criado descolorido y triste, mal montado en una silla pobre y vieja, y en un caballo inferior, y que se escurría silencioso en pos de sus amos.

Entonces, si él se hubiera acercado á hablarla, á ofrecerle una flor, á decirle que la amaba, era indudable que no habría tenido por respuesta más que un gesto desdeñoso ó una risa de burla.

Y ahora, que él era guapo, que montaba los mejores caballos del rumbo, que iba vestido de plata, que era temido, que veía á sus pies á los ricos de las haciendas; ahora que él podía regalar alhajas que

valían un capital; ahora esa joven, la más hermosa de Yau-tepec, lloraba por él, lo esperaba palpitante de amor todas las noches, iba á abandonar por él á su familia y á entregarse sin reserva; la iba á mostrar á sus compañeros, á pasearla por todas partes á su lado y á humillar con ella á los antiguos dependientes. Tal consideración daba al amor que el Zarco sentía por Manuela un acre y voluptuoso sabor de venganza, sobre la misma joven y sobre los demás, juntamente con un carácter de vanidad insolente.

Así, pues, aquello que agitaba el corazón del bandido no era verdaderamente amor en el concepto noble de la palabra, no era el sentimiento íntimo y sagrado que suele abrirse paso aún en las almas pervertidas é iluminarlas á veces como ilumina un rayo de sol los antros más oscuros é infectos, no: era un deseo sensual y salvaje, excitado hasta el frenesí por el encanto de la hermosura física y por los incentivos de la soberbia vencedora y de la vanidad vulgar.

Si Manuela hubiera sido menos bella ó más pobre, tal vez el Zarco no habría deseado su posesión con tanta fuerza, y poco le importara que hubiese sido virtuosa. Él no buscaba el apoyo de la virtud en las penas de la vida, sino las emociones groseras de los sentidos para completar la fortuna de su situación presente. Iba á poseer á la linda doncella para satisfacer una necesidad de su organización, ávida de sensaciones vanidosas, ya que había saboreado el placer

inferior de poseer magníficos caballos y de amontonar onzas de oro y riquísimas alhajas.

Pero después de saciado este deseo, el más acariado de todos, ¿qué haría con la joven? se preguntaba él. ¿Se casaría con ella? Eso era imposible, y además, tener una esposa legítima no halagaba su vanidad. Una querida como ella sí era un triunfo entre sus compañeros. ¿Abandonaría aquel rumbo y aquella carrera de peligros para huir con ella, lejos, para gozar en un rincón cualquiera de una existencia obscura y tranquila? Pero eso también era imposible para aquel facineroso, que había probado ya los embriagantes goces del combate y del robo. Dejar aquella vida agitada, inquieta, sembrada de peligros, pero también de pingües recompensas, era resignarse á ser pobre, á ser pacífico; era exponerse á que un miserable alcalde de pueblo lo amarrase cualquier día y lo encerrase en la cárcel para ser juzgado por sus antiguas fechorías. Podía convertir su botín, que era importante, en tierras de labor, en un rancho, en una tienda. Pero él no sabía trabajar, y sobre todo, le repugnaba hondamente esa existencia de trabajo obscura y humilde, monótona, sin peripecias, aburridora, expuesta siempre al peligro de una denuncia, sin más afán que el de ocultar siempre el pasado de crimen, sin más entretenimiento que el cuidado de los hijos, sin más emociones que las del terror. No; era preciso seguir así por ahora,

que después ya habría tiempo de decidirse, según lo exigieran las circunstancias.

El Zarco llegaba aquí en sus cavilaciones cuando le detuvo sobresaltado el canto repentino y lúgubre de un buho, que salía de las ramas frondosas de un *amate* gigantesco, frente al cual estaba pasando.

—¡Maldito *tecolote!*—exclamó en voz baja, sintiendo circular en sus venas un frío glacial.—¡Siempre le ocurre cantar cuando yo paso! ¿Qué significa esto?—añadió, con la preocupación que es tan común en las almas groseras y supersticiosas, y quedó sumergido un momento en negras reflexiones. Pero repuesto á poco, espoleó su caballo, diciendo con ademán despreciativo:

—¡Bah! Esto no le da miedo más que á los indios, como el herrero de Atlihuayan; yo soy blanco y huero... á mí no me hace nada.

Y se alejó al trote para encumbrar la montaña.

